

BIBLIOTECA DEL CLUB "VIDA NUEVA"

989.505
JUD

JUAN CARLOS GÓMEZ



FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
INSTITUTO DE FILOLOGIA

Entró el 28 III-60
N.º 4633

39280

MONTEVIDEO

IMPRESA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

CALLE 18 DE JULIO, NÚMS. 77 Y 79

1905

392

Amorale, 1.1.1.3

EN BUENOS AIRES

HOMENAJE DEL GOBIERNO ARGENTINO

ADHESIÓN DE LA PRENSA

EN EL PUERTO — EN EL CLUB ORIENTAL

LAS DELEGACIONES URUGUAYA Y ARGENTINA

EN LA RECOLETA — LOS DISCURSOS

DIVERSAS INFORMACIONES

EN MONTEVIDEO

REPATRIACIÓN DE LOS RESTOS DE JUAN CARLOS GÓMEZ

LA APOTEOSIS NACIONAL

LOS DISCURSOS

EL PUEBLO Y EL EJÉRCITO

EN EL TEATRO SOLIS

LA GRAN VELADA LITERARIA

EN HONOR DE JUAN CARLOS GÓMEZ

LA CONCURRENCIA

DISCURSOS Y POESÍAS

LOS HIMNOS URUGUAYO, ARGENTINO Y CHILENO

EN CHILE

LA INICIATIVA DEL CLUB "VIDA NUEVA"

HOMENAJE TRIBUTADO A JUAN CARLOS GÓMEZ

ADHESIÓN DE LA PRENSA DE SANTIAGO Y VALPARAÍSO

EDITORIALES DE SUS PRINCIPALES ORGANOS

ADHESIÓN DE LA INTELLECTUALIDAD CHILENA

SOLEMNE VELADA EN EL ATENEO DE SANTIAGO

DISCURSOS Y CONFERENCIA

PENSAMIENTO DE JUAN CARLOS GÓMEZ
EN EL ALBUM DE LA SEÑORA EMILIA HERRERA DE TORO

Nací en Montevideo a 25 de Julio de 1820.
mi madre D^{ca} Petronila Segunda Sierra re-
side hoy en este mismo lugar — mi Padre
D^o Antonio Candido Gomes da Silva res-
de en Porto Alegre Capital de la Provincia
de San Pedro Rio Grande del Sud, del
Imperio del Brasil, y es Comisario Gene-
ral del Ejercito del mismo Imperio. — Re-
siden en esa misma Provincia mis herma-
nos José Candido Gomes da S^a, Luis Can-
dido Gomes da S^a y Eduardo Candido Go-
mes da Silva.

A bordo de la Escuna Clementina a 24
de Abril de 1845

Juan Carlos Gomes

El prócer á través de la historia

POR

JULIO MARÍA SOSA

Redactor de *El Diario*

I

La patria ha reclamado, por intermedio de uno de los centros políticos más prestigiosos de nuestra juventud intelectual, los restos de una de las personalidades civiles históricas más grandes y honradas de nuestra tradición democrática. — Y esos restos, que son los del doctor Juan Carlos Gómez, llegan hoy á la ciudad natal, para ser depositados en el panteón de los servidores nacionales, bajo los auspicios de un Gobierno que ha realizado, desde distintos puntos de vista, muchos de los ideales cívicos del apóstol de la libertad y del derecho en tres Repúblicas! — El anhelo de Juan Carlos Gómez, — síntesis póstuma de su vida de luchador genial, — era que sus despojos mortales volvieran á su país el día en que la libertad y las instituciones democráticas se hallaran vigorizadas y prestigiadas por la acción de la legalidad y de la justicia. — Ese día ha llegado, y sus propias hijas lo han reconocido así, autorizando la repatriación de sus restos, como un homenaje de alta imparcialidad y de respetuosa veneración, que refleja honor sobre el virtuoso gobernante que, rompiendo los viejos moldes de las dominaciones híbridas, reconquistó para todos la integridad de las instituciones, en lucha viril con el caudillaje y con las subversiones perturbadoras, para restaurar en nuestros altares cívicos el

dogma á que Juan Carlos Gómez consagrara sus más entusiastas actividades intelectuales, de la democracia civil, igualitaria y honrada!

El pueblo de Montevideo hoy magnificará la apoteosis merecida que se tributa al tribuno elocuente de todas las buenas causas, al orador de corte ateniense, al periodista de alientos geniales, al sembrador de grandes ideas rectoras, al heraldo de todos los principios informativos del credo republicano. — ¡El homenaje que hoy se realiza en memoria de Juan Carlos Gómez honra al país y reivindica definitivamente para nuestro pueblo la gloriosa tradición que representa el nombre del prócer eximio! El pasado es la muerte, — como se ha dicho, — cuando en el pasado se buscan elementos de regresión; cuando al pasado se piden ejemplos destructores y atavismos de sangre! — Pero el pasado es vida, es luz, es enseñanza cuando á él se dirige la mirada de la posteridad para empapar su espíritu en los hechos y en las ideas de los grandes hombres videntes, para tonificarlo con los grandes ejemplos heroicos ó para establecer una solidaridad honrosa entre los hombres ó los principios que propendieron al mejoramiento del presente y los principios y los hombres que laboran en la obra engrandecedora del porvenir! — Hoy, por eso mismo, nuestro espíritu se transporta á otras épocas, — épocas de conflictos, de tribulaciones patrióticas, de reconstrucción orgánica, de ensayos constitucionales, de prédica bravía, de éxitos y fracasos, de compleja índole social, psicológica y política, — para exhibir á las generaciones actuales el esfuerzo civilizador y democrático de una de las cabezas mejor organizadas y de uno de los corazones más puros que han vibrado en el ambiente tormentoso en que se desarrolló el proceso de nuestra vida institucional de pueblo libre. — Las páginas, amarilleadas por el tiempo, en que se transparenta la personalidad que hoy llena con sus prestigios históricos el amplio escenario del Plata, como ciertas flores bajo la influencia de ciertas sustancias químicas, reverdecen en la apoteosis para ilustrar el criterio público, para vigorizar conceptos patrióticos, para disipar errores que son fruto de la ignorancia ó del prejuicio sectario, para justificar la ini-

ciativa de un club nuestro que, alejándose un poco de las hazañas de la guerra y de los generales victoriosos, reclama el derecho y dicta el deber de honrar el civilismo intelectual de un hombre de pensamiento que, si no esgrimió el fusil ó blandió la espada en la azarosa epopeya de nuestras montoneras, sirvió á la libertad y á la justicia en todas las horas de su vida, con titánica constancia, con las armas que abren auroras y cierran crepúsculos, del pensamiento y del corazón! — A Juan Carlos Gómez se le podrá motejar de utopista, de platónico, de soñador. — Pero ¡ah! ¿quién no es platónico para la vulgaridad disciplinada, cuando se alientan en el espíritu verdades que se adelantan á su tiempo, cuando se sienten vibrar en las circunvoluciones cerebrales ideas superiores, cuando la clarividencia del genio esculpe en las páginas infinitas de los horizontes más amplios los grandes postulados del porvenir, el verbo de los principios inmortales?

II

La vida de Juan Carlos Gómez es una enseñanza: basta reproducirla, aunque sea á grandes rasgos, ya que el espacio nos falta, para evidenciar todos los merecimientos y todas las glorias de esa personalidad. — Nació, como él mismo lo dijo, en la época de las montoneras y de las independencias: el 25 de Julio de 1820, en la ciudad de las glorias troyanas. — En 1833 ya se destacó por sus cualidades intelectuales en los cursos de la *Escuela Mercantil*, como el primer alumno laureado, recibiendo en los exámenes, de manos del propio general Rivera, los premios más altos. — Apenas adolescente, compuso su canto á *La Libertad*, que es un himno, en el cual no se hallarán las meticulosidades de las reglas poéticas aplicadas; pero, en cambio, en él se encontrarán las grandes ideas, los entusiasmos románticos, los sentimientos más ardientes, encuadrados en el marco de una forma viril, de una exposición literaria conmovedora, de estrofas enrojecidas en el fuego de una inspiración grande y patriótica. — En 1843, — al invadir las

huestes rosistas nuestro país, — emigró para Río Grande, obligado por sus graves desavenencias con algunos de los primeros prohombres militares de la Defensa. — Allá, en el hogar de una hermana suya, fué á buscar descanso y tranquilidad. — Poco tiempo pudo gozar, sin embargo, de esos beneficios, pues, con reputación ya hecha de hombre democrático y altivo, se le consideró un peligro dentro de la organización monárquica del Brasil. — Dirige su vista á Chile, y allá se encamina. — En Valparaíso hace causa común con los emigrados argentinos más célebres, como Alberdi, Sarratea, Sarmiento, López, etc. — Su voz resuena en la tribuna y en la prensa fustigando la tiranía que aherrojaba entonces á las jóvenes nacionalidades del Plata. — Su saber de jurisconsulto avanzado, su oratoria elocuente y ardorosa, sus escritos vibrantes, llenos de ideas y de emociones sentidas, su talla de luchador democrático, atraen la atención del pueblo chileno hacia su personalidad naciente, pero robusta ya. — Sucede á Alberdi en la redacción de *El Mercurio*, y se convierte en factor importante de la política trasandina, á la cual en ciertos momentos encauza y da rumbos, derribando y creando ministerios con su propaganda, y llegando hasta conquistar para Manuel Montt, la presidencia de aquella República amiga. — Siempre su pluma, su voz y su consejo se hallan de parte de los hombres de bien, de los ciudadanos íntegros, de los principios generosos que alimentaron siempre su médula cívica. — Ascendido á la más alta magistratura de su país el señor Montt, declina posiciones y honores que se le brindan á porfía, con el supremo desinterés que peculiarizó siempre la existencia del menos burocrático de nuestros políticos históricos. — Consideró terminada su misión en Chile, y, aceptando sólo una pequeña suma de dinero que le regaló el comercio de Valparaíso, con otro pretexto aparente, para los gastos de viaje, pues su pobreza era igual á su honradez, regresó al Plata, á Montevideo, su vieja ciudad nativa, en momentos críticos, en momentos difíciles de reorganización institucional.

III

Era el mes de Mayo del año 1852. — El país se reconstituía penosamente después de haber atravesado una época, — la más grande y la más gloriosa para el patriotismo de los orientales, — la más sombría y la más infamante para los turiferarios de la despótica hegemonía rosista. — La civilización y la libertad de todo el Sud del continente se habían salvado en el arca bíblica de las iliádicas ciudadelas montevideanas; pero era necesario rehacer la nacionalidad que, aun victoriosa, estaba encharcada en sangre y mantenida en ruinas. — Juan Carlos Gómez ocupó un puesto de trabajo, de labor, de suprema abnegación patricia y de ejemplar civismo democrático. — Había que reconstruir, que reedificar sobre las glorias de los entreveros, sobre las glorias de los principios vencedores, sobre las glorias magnas de la Defensa inmortal. — Se alistó entre los hombres de la epopeya del sitio y vinculó á ellos todos sus esfuerzos laboriosos. — Dió impulsos á la *Sociedad Amigos del País*, considerando que la tranquilidad y la concordia nacional eran la base de toda obra sólida y eficiente; fundó la *Sociedad protectora de los inmigrantes*, en favor del elemento extranjero que deseaba estimular para que viniera al país á colaborar con sus iniciativas, con su trabajo, con su imparcialidad, en la empresa patriótica del progreso general. — Poco á poco, Gómez fué acrecentando su popularidad y su prestigio intelectual y moral. — La rectitud de su carácter, su consagración al bien público, su talento vidente le abrían camino ancho para desarrollar sus actividades dirigentes. — En Noviembre de 1852 resultó electo diputado por el Salto. — A ruego de sus amigos fundó después *El Orden*. — En esa hoja, destinada especialmente á combatir el fusionismo de la época, se revela, entre nosotros, el periodista de excepcional alcurnia que encarna toda una tradición homérica, — la tradición ideológica del Sitio Grande, — proclamando día á día, con estilo preciso y contundente, con exuberancia de ideas, con pureza impecable, con gran altura de miras, los postulados generosos que alimentaba, — según una frase del

doctor Pedro Bustamante,—aquel robusto espíritu de libertad civil! Derrocado Giró, por sus propias faltas, como consecuencia lógica de los sucesos que se entroncan con la lucha ciclópea de los Lueve años, surgió el triunvirato de 1853, en el cual Gómez tuvo un rol gubernativo como Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. — Va á hacer práctica de ideas, y no á lucrar con el cargo. — ¡El vértigo de las altas posiciones no adormeció su cerebro ni aletargó su corazón! — ¡Abajo, como arriba, Gómez era siempre el mismo! — Como lo dijo en una ocasión solemne el doctor José Pedro Ramírez, «siempre fué un gran hombre de bien!» — Todos sus actos de Secretario de Estado armonizan con las ideas de toda su vida. — ¡Y eso que era difícil adoptar programas en aquella época de discordia, de conflagración, de antagonismos resurgentes! — Propendió á que se reformase nuestro Código Fundamental, bastante estrecho para su espíritu amplio; pero entonces, como ahora, la Constitución permaneció inmune. — Acéfalos luego dos puestos en el triunvirato, por la enfermedad de Rivera y la muerte de Lavalleja, quedó solo en el poder el general Flores. — Y no hallándose de acuerdo con la nueva política radical iniciada por el único triunviro en ejercicio, dimitió el doctor Gómez el Ministerio el 9 de Noviembre de 1853, casi conjuntamente con don Lorenzo Batlle. — Al año siguiente, fué nombrado para desempeñar las funciones de miembro del Tribunal Superior de Justicia; pero declinó ese honor con fecha 8 de Mayo de 1854, «por no reconocer en su persona las cualidades que el artículo 102 de la Constitución del Estado exige para desempeñar tan elevado puesto.» — ¡El doctor Gómez, siempre recto, siempre desinteresado, hacía sólo dos años que se hallaba en su capital nativa, y no poseyendo los cuatro años de ejercicio de su carrera para ser magistrado nacional, declinaba el honor del nombramiento *ya hecho*, aun cuando la miseria golpeaba, con mano fatídica, las puertas de su modestísimo hogar de ciudadano!

IV

Después de un corto viaje por Europa, pasó á Buenos Aires, donde fijó su residencia. — Pero el espíritu luchador del ilustre periodista, no le dejó descansar mucho tiempo. — ¡Sentía la obsesión del bien ajeno, y á conquistarlo en la Argentina dedicó también sus preclaras cualidades! — Si en su país no pudo hacer primar sus principios, y los sucesos de 1854 y 1855 le obligaron á alejarse de nuestro ambiente político para no contraer responsabilidades de futuro, no por eso desmayó ese atleta del pensamiento. — Se alistó, como entre nosotros, en las filas de los hombres que aspiraban á la libertad, al reinado exclusivo del derecho y de la ley, contra toda influencia nociva y perturbadora, y contribuyó al triunfo de la candidatura Alsina, que representaba una tradición de honor y de justicia, después de haber sido relegado Urquiza al dominio agreste de las provincias interiores.

En Abril de 1857, la ciudad de Montevideo se sentía invadida por la epidemia de la fiebre amarilla. — La población angustiada, envuelta en las intensas alarmas de la muerte, necesitaba hombres de corazón para recoger los enfermos y los muertos, para tratar de salvar á los unos, para enterrar á los otros. — ¡Todo el mundo huía de la ciudad apestada, aun aquellos que más deber tenían de correr la mala suerte! — Era entonces cuando Juan Carlos Gómez, — modelado en el carácter ejemplar de un varón de Plutarco, — que se hallaba gozando de todos los atractivos de la gran metrópoli argentina, al frente del diario *La Tribuna*, exclamaba con todo el altruismo de su alma selecta: «yo no estoy bien al lado de mis amigos afortunados, cuando me llaman mis compatriotas desgraciados;» «voy á Montevideo á recoger los cadáveres de las calles y á compartir el dolor de mis conciudadanos;» «cúmpleme estar al lado de los que sufren y de los que mueren!» — Y aquel grande hombre, calumniado hoy mismo por los que no le conocen ó por los que no le comprenden, vino á Montevideo en horas trágicas de deso-

lación pública, con una abnegación sin ejemplo, que contrastaba con las cobardías de los que le habían detractado intentando empuñecer la grandeza moral de su carácter acrisolado en un alma diamantina!—Y el primer acto de ese ciudadano ejemplar que demostraba su amor al país en los momentos de tristeza y de desgracia colectiva, fué presentarse á la Comisión de Beneficencia Pública para compartir con ella las peligrosas contingencias de la obra generosísima en que se hallaba empeñada tan benemérita institución de caridad!—Terminada su misión filantrópica, asumió, á pedido de sus amigos, la dirección de *El Nacional*, el 15 de Mayo de 1857.—En su primer editorial decía: «Hemos vuelto al país á tomar parte en el común sufrimiento... Toda nuestra ambición se reduce á ver feliz y próspera la patria por la realidad de las instituciones que aseguren á todos los habitantes, cualesquiera que sean sus opiniones ó disidencias políticas, las garantías de la ley, de la justicia y de la moral, que hace fecundo el trabajo y da dignidad á la existencia del hombre.» ¡He ahí la generosa, la amplia portada de su memorable propaganda en *El Nacional*,—breve, casi fugaz, pero tan sólida, tan brillante, tan patriótica, fundamentalmente, que señala la nota culminante de la vida de luchador y de periodista del doctor Gómez!—En sus artículos diarios se admira, á la vez, la concisión sentenciosa de sus párrafos, breves y contundentes, como los de Tácito, y la pureza y la probidad de sus ideas siempre altas y siempre rectas como las de Niebuhr!—Todas sus producciones de esa época son cánones de democracia honrada.

«Radical é intransigente en punto á principios,—dice uno de sus admiradores,—era complaciente y benévolo siempre que juzgara los errores de los hombres.»—No sólo prestigió la autoridad de don Gabriel Antonio Pereira, como había prestigiado la de Giró, teniendo en cuenta sus merecimientos tradicionales, para alentarle en la obra de una regeneración política indispensable, sino que hasta aprobó la integración del gobierno con hombres honestos que no se habían embanderado, en 1843, en la causa de los héroes de Montevideo.—Su alteza moral le impedía hacer política menuda de hombres ó de nom-

bres.—Alistado en las filas de un gran partido liberal, como el nuestro, no desechaba, sin embargo, la colaboración de los elementos de valer, fueren cuales fueren sus divisas y sus afectos sectarios.—Pensaba hondo y soñaba alto.—¡Era un paladín caballeresco de los principios, no un detractor personalísimo de los hombres, como muchos de sus enemigos de antes y de ahora!—¡Recuérdese cómo perdonó la vida al doctor Calvo en un duelo que tuvo con él, exclamando noblemente al disparar al aire su pistola: *yo no he venido á matar, sino á morir!*—Proclamó desde *El Nacional* la verdad como base de toda política sana; combatió los pactos artificiosos de los partidos que relajan el músculo democrático de las energías colectivas; propendió á la unificación de su partido para disputar en una lucha electoral honesta el puesto que sus glorias y sus derechos le asignaban en el juego de las instituciones nacionales; defendió elocuente y fogosamente las tradiciones de la Defensa y estigmatizó á los verdugos de las libertades del Plata, y se opuso, con una energía de espíritu admirable, con una constancia digna de ejemplo, influenciado por un sentimiento patriótico pujante, que muchos no superarán jamás, á pesar de todos sus lirismos grandilocuentes, á la sanción de aquel misérrimo tratado de revisión de comercio y navegación con el Brasil que se pretendía aprobar clandestinamente en 1857, como un atentado sin nombre á la integridad moral de la República y á la dignidad colectiva de los orientales!

Pereyra se había entregado de lleno á la influencia única de los adversarios del partido de la Defensa.—La propaganda de *El Nacional* fué acentuando la nota crítica y recalcando la necesidad de la unión entre los colorados.—Los hombres del gobierno consideraron muy pronto á Gómez un enemigo temible, un factor capaz de dar rumbo eficiente á los sucesos.—«Todos estuvieron contra él y él contra todos.»—Luchaba con un estoicismo incomparable por la libertad, por el derecho, por la verdad electoral.—Sus frases, candentes como una llama, herían; sus ideas prestigiadas por la rectitud de su carácter y por la inmaculada honradez de su nombre, provocaban amenazas sombrías, ya que no era posible desvirtuarlas.—Se acer-

caba la fecha de las elecciones generales de 1857.— El doctor Gómez congregaba alrededor de su propaganda todos los elementos valiosos de su partido, con el propósito de lanzarse á la brega comicial, confiado en las promesas de libertad eleccionaria que el gobierno, por intermedio del Ministro Requena, hiciera el 10 de Julio.— Cuando apenas faltaban unos días para el acto del comicio, llegaron los tratados negociados por don Andrés Lamas.— Se produjo una intensa agitación popular, y Gómez, como ya hemos dicho, se manifestó enérgicamente hostil á esos tratados vergonzosos, siendo acompañado en su prédica bravía por el doctor Miguel Cané.— *El Nacional* fué acusado criminalmente.— Poco después, tranquilizados un poco los ánimos, el partido colorado resolvió reunirse en el teatro San Felipe.— Juan Carlos Gómez y otros ciudadanos se responsabilizaron del orden con que se celebraría esa asamblea democrática.— Se prohibió, sin embargo, arbitrariamente.— *El Nacional* condenó severamente tal hecho atentatorio.— Y el 1.º de Noviembre, su director, el doctor Gómez, fué aprehendido en su domicilio de la calle Zabala número 89, por un comisario de policía que le condujo á un inmundo calabozo, según las crónicas de la época, sin darle mayores explicaciones.— Y horas más tarde, el doctor Gómez, el publicista eminente, fué desterrado á Buenos Aires por el único delito de haber proclamado la unificación de su partido, de haber solicitado el cumplimiento de una promesa de libertad electoral, por haber contribuído á salvar el honor de la patria, amenazada con la celebración de un tratado internacional vejatorio y burocrático!— Otra vez el ilustre, el integérrimo ciudadano trasponía las aguas del Plata, con el corazón atribulado por las desgracias de su pueblo; otra vez vencido en sus nobles empeños de consolidar la libertad y el derecho en la tierra en que abriera los ojos á la luz del sol, en la patria que siempre soñara grande por su destino y por su gloria!

V

Los vejámenes del gobierno de Pereyra, coronados por la grotesca parodia electoral de 1857, en que los votos del par-

tido de la Defensa no jugaron ningún rol eficaz, por haberseles anulado fraudulentamente, hasta el punto de que habiendo sido electo el doctor Gómez diputado por Minas, el comicio fué invalidado, obligaron á los más esclarecidos jefes de la República, que no participaban de las ideas predominantes, á recurrir á la demanda por las armas, de la libertad política y civil escamoteada sin escrúpulo alguno á toda una comunidad de sacrificios históricos.— Todos conocen el trágico y el horrible desenlace que tuvo esa empresa reivindicadora en Quinteros.— Pero no nos toca á nosotros la tarea de revolver osarios y provocar recuerdos que reavivan viejas inculpaciones y baldones de fuego.— Es sabido que al doctor Juan Carlos Gómez se le ha hecho responsable del desastre de la revolución de 1858.— ¡Nada más calumnioso, sin embargo!— El doctor Gómez fué contrario á dicho movimiento desde el principio, entendiendo, con su clara visión de las cosas por venir, que « los atentados del Poder Ejecutivo traen grandes reacciones de la opinión pública que dan los triunfos completos. » — Pero eso no es todo: el doctor Gómez consideró siempre que la expedición de César Díaz, con la cual nada tuvo que ver, fracasaría por falta de elementos personales y de recursos pecuniarios.— En una publicación que hizo el ilustre desterrado, que, como Cincinnati, sólo vivía de su trabajo y de su virtud, en *La Tribuna* de Buenos Aires, el 7 de Febrero de 1858, explicaba cómo y por qué se produjo el movimiento.— Empezaba diciendo que cuando el general Díaz llegó á Buenos Aires desterrado por el gobierno oriental, considerándolo comprometido en la revolución, le aseguró que él se hallaba, así como el coronel Tajés, ajeno á toda combinación en los sucesos de armas.— Producido el alzamiento del coronel Silveira en Minas, secundado por otros jefes colorados, y solicitado el concurso del general Díaz, después de algunos fracasos parciales de aquéllos, los emigrados orientales en Buenos Aires se sintieron obligados á cooperar.— « Comprometido así el partido de la Libertad — dice el doctor Gómez — en una lucha que la improvisación, el desquicio y la defección hacían tan desigual, los emigrados orientales trataron de secundar los esfuerzos de sus compañeros para

salvar al menos el honor de la lucha.» — Seguía diciendo que entonces se trató de ver con qué elementos se contaba, conviniéndose en que sólo podía contarse con el personal de doscientos emigrados, y «eso solamente para un golpe militar, de ninguna manera para una campaña.» — Además, el doctor Gómez, en una carta que dirigió al doctor Mariano Varela, también en los primeros meses de 1858, aclaraba más contundentemente sus ideas. — Empezaba por decir que entre él y el general Díaz no hubo ninguna disidencia y ninguna combinación. — «No nos vimos más que tres veces con el general — agregaba — mientras estuvo en Buenos Aires: el día que llegó desterrado, en una visita de cortesía; el día que vino á pagarme esa visita, y en la víspera de su partida, en que me invitó á una reunión de amigos políticos que tenía en su casa. En esta reunión, que se componía solamente del general José M. Muñoz, el coronel Labandera, el comandante Abella y yo, fué que nos comunicó su resolución de pasar al Estado Oriental con una pequeña fuerza que había reunido, á ponerse al frente de los sucesos. En esta reunión fué que le manifesté mi opinión contra toda expedición armada que partiese de Buenos Aires; que á mi juicio no haría sino dar armas á los enemigos de nuestra causa, sin añadir un ápice de fuerza moral ni material á nuestro partido. El general Díaz me reveló que era un plan combinado con nuestros compañeros del Estado Oriental, que debían venir sobre Montevideo á proteger su desembarque en la costa del Cerro... Siendo así — dije al general — ya no hay remedio, el mal está hecho y no puede usted dejar colgados á nuestros amigos; *pero lo que hay que hacer es ir á las calles de Montevideo, para lo cual estoy pronto á acompañarlo*, en prueba de la sinceridad de mi opinión, pues desembarcar en el Cerro es dejar al partido de Oribe al lado de la pared, abandonarle la defensa de Montevideo y sacrificar á los amigos que salgan de allí arrastrados por nuestra presencia, cuya responsabilidad no acepto.» — ¿Se pretende mayor claridad y mayor abundamiento de prueba? — El doctor Gómez, con la clarividencia penetrante de su espíritu superior, dió la más alta nota de cordura y de previsión en el desarrollo del proceso

gestatorio de la revolución trágicamente exterminada en Quinteros. — Él aceptaba un golpe militar; pero no una revolución, y menos una campaña. — Él quería á toda costa venir á Montevideo «á resolver la cuestión ó quedar sobre el empedrado,» como lo dijo en otros de sus escritos, probando así que se anticipaba á los sucesos, á través de su espíritu vidente, y desafiaba el peligro inmediato para batirse cuerpo á cuerpo, en una jornada sola, con las tropas de la autoridad, sobre las calles de la ciudad invicta, bajo el dosel troyano del pedazo de tierra que él amó con toda la ternura de un alma que Michelet envidiara para engarzar en sus poemas de intensidades emotivas!

VI

El doctor Juan Carlos Gómez era enemigo de los caudillos; pero no era enemigo de las ideas y de los hombres que las alimentaban. — De una amplia tolerancia de criterio, respetaba la opinión ajena, exigiendo el respeto de la propia. — Nunca hizo cuestión personal por odio, por rencor personal. — Para él los principios estaban sobre las individualidades. — Y discutía principios. — Sólo discutía hombres cuando estos hombres representaban ideas. — Su propia generosidad ingénita, diríamos innata si la psicología moderna nos lo permitiera, le ponía al abrigo de antagonismos y bajezas de índole personalista. — Y hacemos esta pequeña digresión para poder decir que el doctor Gómez no fué adversario de aquella histórica *Cruzada Libertadora* que inició el general Flores con tres compañeros, el 19 de Abril de 1863. — Vamos á probar que si el doctor Gómez discrepó con el general Flores en la oportunidad de la revolución, no fué nunca su enemigo, como se ha querido sostener por quienes, no tan altruistas y generosos como el doctor Gómez, recogen de los bajos fondos de la historia las intrigas para mistificar los sucesos y los hombres. — Y vamos á probar, en cambio, que aquél fué partidario de la acción reivindicatoria de 1863, y que, sin compartir responsabilidades anteriores, tuvo una opinión favorabilísima del único de nuestros caudillos que puede hon-

brearse, como entidad prestigiosa, en las relaciones de la historia, con el primer jefe de la patria: el general Rivera! — En una carta dirigida por el doctor Gómez al señor José Cándido Bustamante, el 31 de Octubre de 1863, dice el ilustre publicista: «El general Flores y yo (me personalizo por responder á su carta, en que usted me personaliza) teníamos el mismo convencimiento de que una revolución era inevitable y necesaria en este año; el general Flores y yo teníamos la misma resolución: iniciarla. Sólo hemos divergido en la oportunidad, en el momento preciso, tal vez porque no nos comunicamos nuestra idéntica convicción, tal vez por la misma diversidad de elementos que cada uno de nosotros, en su escala, representábamos. Yo creía que ahora, en Noviembre, en la proximidad de las elecciones que iban á hacer los blancos, debía producirse la revolución que no estaba en poder de ningún hombre, por prestigioso que fuese, y, por acertado que anduviese, producirla antes. Creía que tentar cualquier cosa antes, era obligar al país y al partido á sacrificios inútiles, y más exponer al partido á contrastes, mientras que en Noviembre el triunfo de la revolución era seguro y pronto, por la completa disolución en que la lucha electoral tendría al partido Blanco. Los sucesos dirán á usted si preveía bien ó mal, si estaba ó no equivocado. El general Flores se anticipó á esa época, tomó la iniciativa de los sucesos. ¿Qué debíamos hacer nosotros? ¿Disputársela? ¿Dejársela? Por mi parte, preferí lo último, resistiendo al torrente de reproches que me han culpado de inacción, los de usted mismo: ¿recuerda usted? El general Flores había tenido fe en producir antes el resultado. Lejos de reprochárselo, encuentro que hizo lo que debía. Cuando un hombre de partido tiene fe en producir una revolución y hacerla triunfar, haría mal, hasta sería culpable en no lanzarse. Sólo sí, que debe aceptar la responsabilidad, por lo mismo que toma la iniciativa, y sobrellevar con paciencia los cargos que se le hagan si no ven los demás satisfechas las expectativas que hizo nacer. Mi prédica á todos los amigos, desde el primer momento de la iniciativa del general Flores, ha sido que no debíamos coartar en lo más mínimo su dirección, que no de-

bíamos asumir dirección ni iniciativa de ningún género, *sino ayudar al general Flores con lo que él creyese conveniente, dejándole á él, que había aceptado la responsabilidad, la más completa plenitud de dirección . . .* El general Flores ha combatido seis meses con innegable heroísmo y con un respeto á los derechos de los ciudadanos y á la dignidad del país, que hace honor á nuestro partido y al general Flores.» ¿Podía ser enemigo de la Cruzada y del general Flores un ciudadano que así se expresaba y cuya característica fué siempre una sinceridad convertida en íntimo culto de su espíritu superior? — Pero, no fué sólo en ese documento que Juan Carlos Gómez exteriorizó juicios favorables al general Flores. — En sus conversaciones particulares, muchas veces, antes y después de la Cruzada, Gómez hizo elogios de la gallarda figura histórica del caudillo de gran corazón. — ¡Es que Gómez sabía apreciar íntimamente, á pesar de las disidencias políticas que los alejaban, á los hombres que, como él, alimentaban el fuego sagrado de las grandes sinceridades en el alma! — Un día, después de la batalla de Pavón — el 18 de Septiembre de 1861 — se hallaban cenando en distintas mesas, en un hotel de Buenos Aires, entre otros, el doctor Juan Carlos Gómez, el doctor Ángel Floro Costa, su hermano don Jaime, el doctor Jardim y el señor Manuel M. de la Bandera. — De pronto llegó el coronel Allende y dijo que el general Gelly había recibido una carta del general Flores anunciándole que la infantería y la artillería enemigas habían sido tomadas en Pavón; que le mandara munición, pues volvía al campo de batalla. — Esto último hacía suponer que Flores había huido del combate y alguien insinuó la extrañeza que le causaba el hecho de que aquel jefe anunciara la noticia trasmitida, habiendo salido del campo. — Sin embargo, otro de los presentes contestó: «Si el general Flores ha disparado, habrá sido el último en hacerlo!» — Entonces, Juan Carlos Gómez, irguiendo su gallarda cabeza de pensador, dijo: «*Lo creo, porque se trata de don Venancio Flores. Planta más honrada no ha pisado territorio argentino!*»

VII

Juan Carlos Gómez, en la Argentina, desde 1858 hasta 1878, no hizo otra cosa que coadyuvar con los primeros hombres del patriciado porteño á la reconstrucción y á la reorganización de la República vecina, acompañando en su propaganda al general Mitre en todos los azares de la guerra contra Urquiza, contra la hegemonía provincialista que tuvo su coronamiento victorioso en Pavón. — Redactó, entre otros, los diarios *La Tribuna*, *El Nacional* y *Los Debates*, siempre con el estilo vigoroso, la conceptuosidad de pensamiento y la brillantez imaginativa que caracterizaron sus producciones. — En esa época tuvo varias polémicas ruidosas con hombres de nuestro país y con hombres argentinos, sobre cuestiones fundamentales relacionadas con la historia del Plata. — En 1859, el gobierno presidido por don Valentín Alsina tomó medidas contra un periodista que, según aquél, abusaba de la libertad de escribir. — En el Senado se produjo una interpelación. — Sarmiento pronunció un discurso en favor del gobierno, esto es, de la disposición que éste había adoptado. — Entonces Juan Carlos Gómez dirigió una brillante y valiente carta á Sarmiento — que fué contestada por el notable hombre público, — en la que le decía: « Á ningún principio hemos consagrado más adhesión que al de la libertad de la prensa; la sostuvimos en Chile contra don Manuel Montt, nuestro candidato á la presidencia; la sostuvimos en favor de nuestros enemigos políticos en Montevideo, y nos toca sostenerla en Buenos Aires contra nuestros antiguos compañeros. » — En 1869, con motivo de su nombramiento de presidente de una comisión de periodistas designada para recibir á la guardia nacional argentina que regresaba del Paraguay, el doctor Gómez insistió en sus ideas, ya manifestadas anteriormente, contrarias á la triple alianza, aunque no á la guerra contra el tirano López. — Y estas declaraciones del doctor Gómez promovieron una de las polémicas más ruidosas del Plata, entre ese eximio publicista y el no menos ilustre escritor é historiógrafo, general Bartolomé Mitre. — Con don Alejandro y con don Ma-

teo Magariños Cervantes también el doctor Gómez mantuvo polémicas de gran interés histórico, en que hizo conocer ampliamente ideas fundamentales sobre el origen institucional de nuestro país. — Más adelante tendremos ocasión de volver sobre ello. — Entretanto, hagamos notar que el doctor Gómez, en Buenos Aires, era considerado entonces el primer polemista del Río de la Plata. — Don Francisco Bauzá, que en uno de sus estudios literarios fustigó severamente á Gómez, dice á su respecto: « El continuado debate que sostuvo en la prensa argentina, casi solo contra todos y arriesgando la vida, perfeccionó su estilo de tal modo, dió tal convicción á su frase, una precisión tan exacta á sus determinaciones, un corte tan elegante y una contundencia tan temible á su modo de exponer, que llegó á hacerle el primer periodista del Plata por común asenso de amigos y adversarios. Era implacable en la polémica hasta desesperar á sus contendores por lo atinado de sus golpes, y es fama que cuando Urquiza guerreaba contra Buenos Aires, se sintió tan hondamente herido por uno de sus artículos, que estrujando el diario entre las manos, prometió colgar á Gómez en cuanto tomase la ciudad. »

El último cargo desempeñado en la República Argentina por el prócer, poco antes de morir, fué el de catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

VIII

Juan Carlos Gómez ha sido calumniado torpemente por los adversarios de sus ideas, en vida del grande hombre, y hoy mismo todavía. — No hace muchos días asistimos á un debate legislativo, en que se reprodujeron las calumnias de que, en otra época, se había hecho arma para sombrear la aureola de alto civilismo democrático y de alto sentimiento patriótico que resplandecía en la frente ancha y venerable del maestro de la palabra y de la idea en todo el Plata. — ¡Juan Carlos Gómez era anexionista!, se dice adustamente. — ¡Era un traidor á la patria: nególe hasta el hecho de su independencia! — ¡Qué pro-

fundo error!—Nosotros debemos repetirlo claramente: no participamos de sus ideas sobre la unión de las nacionalidades del Plata, en primer término por considerarlas utópicas y, después, por considerarlas inconvenientes desde varios puntos de vista.—¿Pero acaso esto quiere decir que debamos negar al doctor Juan Carlos Gómez patriotismo y sinceridad, grandeza de alma y grandeza de pensamiento, porque propendió á que la República Argentina y la República nuestra formaran una sola y gran República, con la capital en Montevideo, en esta ciudad de los íntimos amores del ilustre estadista?—No: Gómez no era anexionista, en el sentido estricto que se le da á esa palabra.—Anexionistas fueron los Treinta y Tres orientales de 1825; fueron los diputados de la asamblea de la Florida, los uruguayos que, mandados por Rosas, sitiaron á Montevideo en 1843 para entregarla en patrimonio al « héroe americano ». — Gómez no pensó nunca en subordinar su país á otro país más grande y poderoso, por simple prurito de abdicación de una soberanía consagrada y consolidada en el tiempo y en el espacio.—No; en el pensamiento de Gómez había mucho de utópico, de quimérico, porque ese prócer tenía el defecto, si así puede calificarse, de soñar un poco en perspectivas muy amplias, atado á la roca prometeana de las realidades de la vida. « Quizás — como lo ha dicho el doctor Jacinto Larraín — Gómez tenía una fórmula preparada de antemano para amoldar á ella los acontecimientos, en vez de tener la alta previsión de las circunstancias que encaminan éstos y los dirigen lógicamente á su finalidad. » — Pero lo que no debe dudarse, lo que no puede discutirse siquiera, es que en el pensamiento unionista de Gómez hubiera algo estrecho, algo egoísta que rebajase su portentosa talla de moralista, de sociólogo, de político, de economista, de ciudadano de la patria nuestra! — En esa concentración de nacionalidades afines, él perseguía un propósito altamente honroso y altamente simpático para nuestro país: el de colocarnos en primera fila, el de hacernos cabeza de una gran nación, quitando de nuestra vecindad un factor poderosísimo de rivalidad económica y política que nos alejaría de las grandes conquistas del progreso, que absorbería mucha de nues-

tra savia, que impediría nuestra expansión, que se agigantaría mientras permaneceríamos estacionarios: ¡Buenos Aires! — El tiempo dirá si Gómez acertaba, si era un soñador romántico ó un estadista previsor. — Mas, es necesario decirlo y repetirlo muchas veces: un hombre que jamás lucró con su talento; que siempre dictó leyes á los sucesos sin otro propósito que el de contribuir al éxito del bien; que siempre proclamó ideas y principios y nunca sacrificó uno solo de esos principios ó una sola de esas ideas á la satisfacción de ambiciones personales; que nació y vivió pobre por no ser dócil con los de arriba ni instrumento de los de abajo; que ni en su país ni en la Argentina aceptó puestos remuneradores, sino en momentos difíciles en que su actuación se consideraba necesaria é indispensable; — un hombre así, ¿puede ser sospechado, como hasta llegó á decirse en 1857, de que era un *vendido al oro porteño*, de que era un traidor á la patria porque pretendía anexarla á Buenos Aires? — ¡Mal ciudadano — se le dice — mal patriota! — ¡Qué extravismos lamentables! — Bastarán pocos hechos, pocas palabras del propio doctor Gómez para probar esos extravismos. — En 1877 se le designó, con el asentimiento de los claustros, del gobierno y de la opinión argentina, sustituto del doctor Lucio Vicente López en el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires.—¿Qué aspiración más legítima hubiera sido para el gran maestro que ser útil á la juventud estudiosa que tanto amaba? — Pero era, como dijo el doctor Palomeque, un carácter y un corazón! — Y renunció el Rectorado diciendo más ó menos: « El que se me ofrece es un empleo público que exige ciudadanía, y no simple ejercicio de profesión como el de catedrático, y las cobardías de la política argentina me hicieron extranjero en la patria en que nací, arrojado fuera de ella al Estado Oriental, cuya suerte correré hasta el fin con todos los dolores y todos los infortunios que impone á sus hijos. » — En una célebre carta dirigida á un diario de Montevideo, con motivo de la erección del monumento á la independencia, en la Florida, el doctor Gómez demostró con la claridad de exposición y con la lógica de acero que era característica de su intelectualidad y de su estilo, que esa independencia, *como hecho*, « sin conexión alguna

con la tradición de los Treinta y Tres y de la Florida, » podría aceptarla; pero como creación espontánea de la Banda Oriental, era una superchería, una mentira histórica, á la cual no podía asociarse sin traicionar el culto inalterable á la verdad, que había profesado durante toda su vida. » — Y en otra carta, también memorable, del 15 de Mayo de 1879, dirigida al doctor Alejandro Magariños Cervantes, á propósito del mismo asunto, estampaba párrafos tan tiernos y tan patrióticos como los que van á leerse. — El doctor Gómez empezaba agradeciendo un volumen de poesías con que el doctor Magariños le obsequiaba, y seguía diciendo: « ¡Cuánto agradece el sentimiento delicado con que derramaba usted sobre mi cabeza encanecida, en una fecha de amarga tristeza, las flores de la infancia y de la juventud, aljofaradas con el rocío de la atmósfera de la patria! Sentí refrescado mi espíritu por las brisas perfumadas de la tierra natal, de la tierra natal de mis dulces recuerdos, aquella que ha desaparecido bajo los golpes ciclópeos de la industria y la civilización; aquella de los años en que yo, sin barba todavía, penetraba sin anunciarme en su casa, detrás del viejo *Fuerte*, y con el tono pretencioso de un maestro, lo estimulaba á seguir las huellas de Byron y de Hugo, en que ha alcanzado usted merecida guirnalda. » — Luego agregaba: « Nací el año veinte, el año de las montoneras y de las independencias. No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule usted el camino que hubieran hecho mis ambiciones, si las hubiera abrigado, desde 1825, en este ancho campo en que podía aspirar á la posición encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados, nacidos bajo la bandera oriental, se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores, ministros, y tal vez llegue alguno á calzarse la presidencia. Yo preferí, á esa tentación de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazón, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa, aterido y des-

nudo. Yo preferí, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los caudillos, á ser prócer de una grande y próspera república ó magnate de un opulento y vasto imperio. » — ¡Ése era el traidor, el apóstata, el tráfuga de la religión de la patria! — Pero hay algo más aún que deben saberlo las generaciones que se levantan, para que aquilaten en todo su valer la talla moral del prócer cuyos restos desde hoy descansarán en la ciudad nativa. — En el último período de su vida, retirado en su hogar, lejos de las agitaciones políticas, escribía á don Pedro Bustamante: « Cuántas veces la nostalgia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me allige morir sin volverla á ver, y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón! Si está escrito que he de terminar mis días sin volverlos á abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embleso de mi juventud y que son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez! » — ¡Y dígase todavía que Juan Carlos Gómez no amaba á la patria! — ¡Aberraciones del criterio patriótico! — Grítese muy fuerte que el doctor Gómez soñó un error al pensar y proclamar la conveniencia de la reconstrucción del virreinato del Plata; grítese muy fuerte que era un utopista, un imaginativo, un platónico! — Pero no se blasfeme del hombre que amó á la patria toda su vida con cariños predilectos y constantes; que en su prosa galana y delicada, que en sus versos melodiosos y ardientes, no hizo otra cosa que entonar himnos de amor al trozo del terruño en que mecióse su cuna y en el cual deseó siempre que reposaran sus despojos cuando la aurora « de la paz y de la libertad » iluminara el día venturoso y eterno de sus grandes destinos democráticos! — ¡No! — ¡Que la impiedad no estremezca la tumba del prócer abnegado en esta hora de reparaciones y de apoteosis! — El que fué publicista de médula; periodista de sugestivo empuje; orador de frase ateniense y de ideas espartanas; estadista de corte moderno; pensador de alientos geniales; patriota de sinceridades estoicas; ciudadano de la libertad; jurisculto de insólita

erudición; mártir de las vulgaridades de su tiempo; víctima de sus propias virtudes catonianas; poeta romántico, de la escuela de Echevarría, tierno y melodioso, revolucionario y precursor; el « último gentilhomme »; « el tipo moral más perfecto », al decir de López, — el que fué todo eso, el que fué más que todo eso — un corazón honrado y un cerebro honrado — merece de la patria el más digno de los recuerdos y de la posteridad la más gigantesca de las reparaciones póstumas! — Es tiempo ya de que la religión de los grandes hombres civiles de nuestra historia sea la religión de todos los ciudadanos, sin odiosos distingos partidarios. — ¡ Abandonemos por un momento al menos, el cintillo que destiñe en nuestras frentes! El charrismo nos ahoga. — Alcemos el punto de mira. — Levantemos la mirada al cielo para empapar en sus grandezas infinitas el corazón que la pasión agosta y malogra. — Juan Carlos Gómez al morir irguió sus ojos — aquellos ojos de expresión dulce y tranquila que acariciaban como el acento melodioso de una queja — escudriñando el *cenit*. — Como decía Chateaubriand, hay una virtud hasta en la mirada de un grande hombre! — Nosotros, como él, no miremos los bajos antagonismos que nos laceran. — Levantemos y amplifiquemos el radio de nuestras miradas. — ¡ Los grandes hombres de la historia son enseñanzas, son ejemplos! — Aprendamos á vivir y á ser útiles admirándoles! — La patria ha tenido pocos hijos que, como Juan Carlos Gómez, — á la par de Washington — todo lo sacrificaran por ella y nada le demandaran por su gloria!



JULIO MARÍA SOSA